CUATRO ENSAYOS CORTOS SOBRE DIOS Y LA RELIGIÓN

JOSÉ A. MARI MUT

Cuatro ensayos cortos sobre dios y la religión

© 2024, 2025. Ediciones Digitales, Aguadilla, Puerto Rico. Todas las publicaciones digitales el autor están disponibles gratis en https://archive.org/details/@jamarimut.

El primer dios

Nadie sabe cuándo apareció el primer dios. Simplemente no hay evidencia, el hecho ocurrió mucho antes de que comenzáramos a escribir. Los antropólogos sólo pueden conjeturar basados en la comparación de nuestra anatomía con la de nuestros antepasados, evidencia arqueológica y pinturas conservadas en cuevas.

Para tener dioses es imperativo poseer conciencia de nuestra existencia, entender el paso del tiempo (la diferencia entre ayer, hoy y mañana) y comprender el significado de la muerte. También hay que comunicarse efectivamente. Se requiere un lenguaje, y como los dioses, los lenguajes aparecieron independientemente en sociedades a través de todo el mundo. Sólo *Homo sapiens* tiene la anatomía para hablar y un cerebro suficientemente complejo para dialogar consigo mismo y con otros individuos.

Varios enterramientos de neandertales (*Homo sapiens neanderthalensis*) sugieren por la posición del cuerpo y la inclusión de ciertos objetos, que estos parientes también cumplieron con los requisitos. Igualmente lo sugiere la actividad de pintar en cuevas, aunque sus pinturas fueron sencillas en comparación con las nuestras (*Homo sapiens sapiens*). No podemos asegurar que los neandertales tuvieron dioses, pero tampoco podemos descartarlo.

Sí podemos presumir que los neandertales y los humanos contemporáneos con ellos soñaban como nosotros, y es posible que una inquietud temprana de ambos fuese explicar los sueños y sus significados. Es probable que un miembro de la tribu convenciera a los demás de su capacidad para descifrar los sueños, de darles significado, y que así surgiera el primer chamán: una persona que se comunicaba con los espíritus y los invocaba, a menudo con la ayuda de alucinógenos.

De explicar sueños, los chamanes (y luego los sacerdotes) pasaron a inventar explicaciones sobre el funcionamiento de la naturaleza y a crear deidades relacionadas con los distintos aspectos de la vida. Algunas deidades fueron más importantes que otras, dando lugar a una jerarquía de dioses, como en el panteón grecorromano, cuyos dioses tenían las mismas virtudes y vicios que la gente. El conjunto de creencias, rituales y reglas relacionadas con la adoración del primer dios dio origen a la primera religión.

En algunas sociedades los dioses se redujeron hasta quedar uno solo. El culto a Jehová (Yahweh) por los israelitas se remonta a alrededor del año 1500 BCE; se ha sugerido que antes de esa fecha Jehová fue uno de varios dioses de los madianitas, un conjunto de tribus nómadas árabes que vivieron al este y sureste del Mar Muerto y el río Jordán.

El verdadero dios y la verdadera religión

A los cinco años de edad me uní a la Iglesia Católica. Mi madre me matriculó en una escuela de monjas, quienes comenzaron la tarea de inculcarme la religión. De aquella escuela recuerdo la capilla que visitábamos a menudo. Un año después fue necesario cambiar de escuela y pasé a otra donde nuevas monjas, reforzadas por curas, se encargaron de convertirme en un católico práctico. Práctico de verdad. Fui monaguillo durante cuatro años, asistía a misa con regularidad y rezaba el rosario de rodillas. Fuera de la escuela, mi abuela paterna reforzaba el logro de las monjas y los curas, recordándome que el nuestro era el único dios verdadero y que pertenecíamos a la única religión verdadera: la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Aquella religiosidad quedó en el pasado hace décadas, pero no ha sucedido lo mismo con la gran mayoría de mis compañeros de escuela, quienes junto a millones de otros católicos siguen creyendo que el suyo es el dios verdadero y su religión la única verdadera. Este corto ensayo tiene como propósito repensar estas creencias que tantos aceptan como ciertas.

Akenatón se convirtió en rey (faraón) de Egipto en el año 1353 a. C. Antes de su reinado, el pueblo egipcio tenía múltiples dioses, cada uno con sacerdotes, templos y días

especiales de culto y celebración. Akenatón decidió adorar a un solo dios (Atón) cuya representación fue el disco del sol. Inicialmente toleró la adoración de otros dioses, pero luego lo prohibió y esto consternó a la gente. El pueblo no sólo perdió sus dioses (y los sacerdotes sus templos), sino que Akenatón reservó la vida eterna para él, su familia y futuros reyes, quedando la ciudadanía sin la posibilidad de vivir eternamente. Poco después de la muerte del faraón en 1335, regresaron rápidamente las costumbres anteriores, los viejos dioses resurgieron y sus templos nuevamente abrieron. También se hizo un gran esfuerzo por borrar de la historia todo recuerdo de aquel rey que tanta angustia causó.

Para los ciudadanos, sus dioses eran verdaderos y para Aquenatón el suyo era el verdadero. Un cristiano diría que ninguno de los dos tenía razón porque todos aquellos dioses fueron falsos.

El dios de los judíos es comúnmente llamado Yavé, el de los cristianos Jehová, y el de los musulmanes Alá. Aunque los tres son el mismo dios, las tres religiones son diferentes... ¿cuál es la verdadera? Un judío, un cristiano y un musulmán contestarán que la suya, porque esa fue la que le enseñaron durante la niñez. Y el dios que las tres comparten... ¿es verdadero o fue inventado como Atón? Si todos los dioses egipcios fueron inventados, ¿por qué no también el de las tres religiones abrahámicas?

Se puede tratar de resolver el problema diciendo que Atón es otro nombre para el dios de los judíos, cristianos y musulmanes, pero ¿es también el mismo dios que Ahura-Mazda (el dios supremo de los zoroastrianos), Mitras (el

equivalente en el mitraísmo), Brahma (el principal dios del hinduismo), Zeus (el principal dios griego) y Odín (uno de los principales dioses nórdicos)? ¿O son todos falsos? Y qué de los miles de dioses que han tenido civilizaciones más antiguas a través de todo el mundo? ¿Son todos falsos? De una cosa podemos estar seguros, para las personas que entonces creyeron en ellos, todos fueron tan verdaderos como Jehová lo es hoy para sus creyentes.

Dice un principio de solución de problemas que cuando hay distintas explicaciones para una situación, la más simple es probablemente la correcta. La respuesta más sencilla para todas las preguntas anteriores es que todos los dioses, sin excepción, han sido inventados y que sólo en nuestras mentes existen o han existido. Nunca ha habido un dios verdadero ni una religión verdadera.

Cómo perdí la fe

Nací ateo a mediados de diciembre de 1952. Si lo anterior suena extraño, la realidad es que nadie nace creyendo en dios. Todos nacemos ateos. La religión se aprende principalmente durante la niñez, cuando inmaduros y poseedores de muy poco conocimiento confiamos ciegamente en nuestros padres y otros adultos. Confiar durante la niñez es innato y sucede en todas las sociedades, de ahí que la religión se enseñe y se enfatice con fuerza durante este periodo de nuestro desarrollo.

Mis padres fueron católicos pero nunca se sentaron a enseñarme religión. Cuando niño iba con ellos a misa, pero no íbamos todos los domingos. Mi padre trabajaba doce horas diarias de lunes a sábado y mi madre no sólo trabajaba, sino que tenía que atender la casa y ocuparse de sus dos hijos. Papi y mami fueron creyentes, para ambos la religión fue importante, pero no la primera prioridad de sus vidas.

Mi abuela paterna y la hermana de mi padre, que vivía con ella, eran más religiosas y no fallaban los domingos en misa. Sin embargo, tampoco se dedicaron a enseñar religión. Durante el mucho tiempo que pasé con ellas contestaban mis preguntas sobre los personajes que aparecían en estampillas y cuadros, pero sin intención de que memorizase nada.

Durante mis primeros cinco años sin dios aprendí muy poco de religión, y sospecho que igual sucedió con mis amigos y futuros compañeros de escuela. Durante este tiempo aprendimos mayormente a jugar y a socializar, éramos muy jóvenes... pero el adoctrinamiento religioso se acercaba con fuerza.

Mi primer contacto formal con la religión sucedió en la Academia La Milagrosa en Mayagüez. Fue breve porque las monjas decidieron que a partir del semestre siguiente sólo educarían niñas y mi madre me transfirió a la vecina Academia de la Inmaculada Concepción. De La Milagrosa recuerdo las monjas vestidas enteramente de blanco y la acogedora capilla dominada por el silencio. La quietud siempre me ha gustado y quizás por eso conservo un buen recuerdo de aquel lugar.

El resto de mi periodo religioso sucedió en La Inmaculada, donde la clase de religión era una asignatura diaria a cargo de monjas y sacerdotes. El más influyente de estos maestros fue el padre Edmundo, quien ilustraba sus clases con filminas que un estudiante avanzaba cuando el padre hacía sonar un coquí de metal. Si el estudiante se distraía y fallaba en avanzar el rollo de película, sonaba otro coquí, y si fallaba nuevamente seguía una andanada de coquíes que concluían con la sustitución del niño por otro igualmente asustado. Padre Edmundo nos mantenía en tensión disparando preguntas cuando percibía que un niño había perdido la concentración; no se me olvida cuando le preguntó a un compañero ¿Quién es Jesucristo? y del susto

se le olvidó, por lo que pasó el resto de la clase arrodillado al lado de su pupitre.

El pecado y el infierno fueron temas fundamentales para el padre Edmundo. Tampoco he olvidado las imágenes de diablitos acompañando a niños pecadores, cuyos corazones se oscurecían según pecaban hasta quedar completamente negros, luego de lo cual eran llevados por los diablitos al infierno. Tuve muchas pesadillas con aquellos pequeños demonios y como era de esperarse desarrollé un gran miedo a pecar.

Desde el quinto hasta el octavo grado fui monaguillo, ascendiendo de paje a caballero, a gran caballero y a supremo gran caballero. Esta tarea terminaba por obligación con la graduación de octavo grado. Todos los años, dos o tres jóvenes que habían sido monaguillos decidían continuar estudios hacia el sacerdocio. Sus nombres se anunciaban y eran aplaudidos.

No recuerdo haber faltado ni llegado tarde a ninguna de las misas que me asignaron, incluyendo las de los días de semana a las 5:15 a.m. En esas ocasiones mi madre caminaba conmigo hasta la iglesia (entonces no teníamos automóvil), escuchaba misa y regresaba conmigo a pie.

Un día a finales de 1968 me encontraba solo, pensando sobre dudas religiosas, especialmente las relacionadas con la creación y lo que nos esperaba luego de morir. La creación del mundo y del ser humano en seis días ya no tenía sentido alguno y tampoco lo que supuestamente sucedía después de

morir: ir al cielo, al infierno o al purgatorio. El último era un lugar intermedio entre los primeros dos y a pesar de su importancia no tenía reglas, nadie podía precisar los criterios de admisión, el peso de los distintos pecados, ni cómo se decidía cuánto tiempo permanecía uno allí bajo condiciones similares a las del infierno.

También me preocupaba la insistencia de la religión en la fe, que no es otra cosa que creer sin evidencia (completamente opuesto al proceder en la ciencia). ¿Era el papa realmente infalible? ¿Debíamos aceptar como cierto lo que nos enseñaron los curas y las monjas solamente porque lo dijeron ellos o porque lo sacaron de un libro escrito hace dos milenios para gente de hace dos milenios? Y nuevamente la Trinidad, ese concepto inexplicable que debía aceptarse por fe.

Aquel día, luego de pensar un rato largo, súbitamente todo quedó muy claro. La explicación más simple para todas aquellas incongruencias (y muchas más) era: todo lo que me enseñaron sobre religión es mentira. Los curas mintieron, las monjas mintieron, la Biblia es un cuento de humanos, escrito sin intervención de ningún dios. La vida surgió y se desarrolló por evolución. El cielo, el infierno y el purgatorio no existen. La Trinidad es ficción. La fe no es una virtud, sino un defecto. Dios no existe y nunca ha existido, dios no creó al hombre, ¡el hombre creó a dios!

Desde aquel día ha pasado más de medio siglo y sigo siendo ateo, a pesar de enfermedades, operaciones y estadías en el hospital. No he encontrado razón alguna para

cambiar de opinión, sino todo lo contrario, motivos adicionales para continuar pensando de igual modo. Y nunca más he soñado con demonios.

El dios que sí existe

No es fácil escribir sobre la existencia de un dios cuando hace décadas se perdió la fe. Y no creer en dios significa no creer en ninguno de los muchos dioses que hemos tenido a lo largo de nuestra existencia. Es posible que algunos de los lectores que me conocen piensen que ahora soy creyente. No es así, pero recientemente he visto con claridad que para muchas personas hay un dios que sí existe y que juega para ellos un papel muy importante.

Este dios no es Jehová, ni Alá ni Yahvé, las versiones de los musulmanes y los judíos. Tampoco es uno de los muchos dioses que han tenido o tienen otras culturas y sociedades. El ser humano creó esos dioses para explicar todo lo que entonces no tenía explicación, sobre los cielos, las estaciones del año y demás aspectos de la naturaleza; todos han sido fruto de la ignorancia.

El dios que sí existe es una versión derivada de cualquiera de los dioses anteriores y que reside, muy fuertemente afincada, en la mente del creyente. Es con ese dios mental que la persona habla y al cual pide ayuda, para si mismo o para otros. Este dios sirve de apoyo, firme y efectivo, durante momentos difíciles. Agarrados firmemente a él, muchos logran superar crisis, dolores, enfermedades y situaciones tan severas que de otro modo serían posiblemente insoportables.

Entre otros lugares, se percibe a este dios en acción en los quejidos de las salas de emergencia, el llanto de las funerarias, la tristeza de las prisiones, las heridas de las guerras, las camas que se han convertido en hogar, y en la soledad y rechazo que viven muchos viejos.

Los dioses de los escritos antiguos, los que habitaban físicamente en un lugar, ya sea en el mar, en el tope de una montaña o en el cielo, nunca han existido. Los derivados de ellos que habitan en la mente sí, y mientras existan creyentes continuarán existiendo y jugando para muchas personas un papel muy importante.